

EL GRABADO COMO METODO

Jonathan Allen

Durante la década de 1980 la imagen plástica de Alfonso Crujera presentaba de una u otra manera los siguientes elementos recurrentes: una personalidad abstracta, una geometría clara y la presencia simbólica del espacio. Al margen de estos tres elementos aparecían tendencias figurativas, basadas principalmente en el uso dramático y gestual del signo y de la escritura. Crujera, deconstruyendo el lenguaje, realizaba una especie de articulación figurativa de la palabra, recordando tanto la grafía cuneiforme de los babilonios como los hieroglíficos de los egipcios. El cruce de la forma y de la línea, contraste fundamental para la definición de su imagen pictórica, se producía sobre un vacío, sobre un paisaje cósmico y lírico. Ese paisaje abstracto y mental guardaba lejanos ecos del automatismo y del surrealismo aunque las cualidades de su imagen lo desvinculaban del historicismo. La evolución del espacio en el arte de Crujera se concretó en la década de 1990, cuando el artista presentó la obra que le granjeó un incuestionable puesto en la pintura canaria contemporánea, la serie de los *Strand*. Entonces el espacio cobró forma de geografía terrestre en laberínticos mapas de tierras y de aguas.

Lo que une esencialmente la imagen pictórica de Crujera a la larga práctica del grabado en su arte es la capacidad de hacer vivir con independencia del contexto los símbolos y los signos por él utilizados, algo que implica el dominio del dibujo y también, con más importancia, la conciencia de la forma. A lo largo de la citada década el artista no dejó de aquilatar el misterio del espacio. Este era el resultado de haces geométricas en movimiento y esferas que giraban, creando una dinámica subyacente que animaba el vacío. Otros artistas coetáneos exploraban la poética del espacio, bajo la influencia del expresionismo abstracto americano, tras haber rebasado la etapa de un arte figurativo socialmente comprometido. De todos Crujera es el más "órfico", en el sentido histórico. El suyo fue un orfismo abstracto espontáneo, alejado de las complejas teorías de aquella efímera evolución del cubismo, arraigado en la comprensión artesanal e instintiva de las formas. La creciente sofisticación de las técnicas del grabado experimentadas por Crujera no ha limado la relación primitivista que mantiene con la percepción de las cosas.

En esta época de su producción advertíamos otras de las características del artista, que se oponía frontalmente a la naturaleza automatista y onírica de los años 80. Me refiero a la insistencia demostrada, tanto al principio como en la actualidad, de enumerar cada obra producida y de dejar constancia al pie de ella de la técnica aplicada. Esta aparente frialdad enumeradora nos revelaba la relación oculta que el creador tenía con el proceso productivo de su obra. Crujera emerge así como un cuidadoso taxónomo, un clasificador que respeta el orden, protegiendo y guardando lo que descubre con celo científico. Esta pulcritud del método es una de las fuentes de su imagen.

Los *Strand*, una larga serie de pinturas-esculturas, que anunciaban las creaciones cerámicas a mediados de los 90, promovían la geometría sobre el espacio. El espacio cedía terreno a los objetos que se concretaban en él. Las geometrías, por otra parte, comenzaban a reflejar formas de culturas antiguas, especialmente precolombinas. Crujera presenta en 1991 una excelente carpeta de grabados que titula *De vita fungium*, "De la vida de los hongos". Grabados en pasta

de poliéster sobre madera, las obras que integran este poema visual del mundo microvegetal conservaban en el trasfondo la dimensión dramática y monumental de los *Strand*, eran grabados pictóricos, una peculiar fusión de la naturaleza propia del grabado y de los valores naturales de la pintura.

El arte grabador de Crujera no estriba únicamente en su relación virtuosa e innovadora con respecto a los procedimientos técnicos, sino en la traslación al universo más cerrado del grabado de las sensaciones y de los efectos de la imagen pictórica, ya que el grabado en sus manos se transforma en un proceso de simulación de la pintura, a través del color, del relieve y de la textura. En *De vita fungium* el énfasis de la imagen radica en el símbolo creado, en las huellas varias de los hongos comunes. La serie creaba una cadena de imágenes que parecía una secuencia de formas relacionadas, como piezas sacadas de una excavación arqueológica. La yuxtaposición de las texturas era rica y barroca, así como las cualidades del papel, texturado y como asoplado. Las estriaciones, curvas y discos que constituían el repertorio natural de la serie se convirtieron en la inspiración geométrica de la *Obra Solar*, donde Crujera llevaba a tres dimensiones sus descubrimientos de la metamorfosis geométrica vegetal.

Betilos, exposición celebrada en la Galería Vegueta en 1998 nos devolvía al paisajismo lírico y abstracto. Extrañas y similares formas vegetales, hongos con acepciones fálicas, poblaban desérticos parajes. La imagen era una vez más una síntesis densa de naturalismo, simbolismo y diseño.

Esta exposición es la mejor y más completa introducción a la historia de Alfonso Crujera como grabador, permitiéndonos ver simultáneamente la coexistencia de técnicas tradicionales con otras novedosas como el grabado electrolítico. Las *Miniaturas* de 1979 son toda una sorpresa que podemos comparar con el grabado pictórico y escultórico de formato grande antes comentado. En estos aguafuertes surgen formas geométricas muy plenas, a veces adornadas, junto a grafismos expresionistas. Las *Miniaturas* representan la voluntad de minimizar y acrisolar las ideas geométricas, aplicándoles la reducción hasta transformar su estatus como obra de arte. Esta condensación de símbolos y signos no suprime todas sus implicaciones formales, al contrario, los inscriben en un plano más íntimo. Los tres grabados que componen una serie similar, el *Tríptico de Iniciación* actúan como un mandala que nos señala este cambio de estatus, el pasaje hacia lo interior y lo meditativo.

Los grabados de la serie *Tools* reflejan la parte más geométrica y laberíntica de los *Strand*. Las formas geométricas se hacen más complejas al iniciar relaciones de eslabón e interconexión. Muestras y partes que encajan establecen el género del rompecabezas, la relación abstracta entre cosas abstractas, creando cierres y penetraciones que transmiten seguridad y plenitud. Crujera usa así la geometría en el grabado para aislar el espíritu del enigma. Muy cercana a *Tools* aunque fechada a finales de los 90 son los *Ocho Círculos*, unos gofrados de 25 x 25 centímetros. Ocho pequeños universos signícos, perfectamente aislados que encapsulan un alfabeto de runas que absorben nuestra mirada como talismanes.

Otros grabados de la exposición muestran los modos más líricos, gráficos e intelectuales de Crujera. La serie McGlobal es una incursión en el territorio de la imagen mediática; los títulos, más irónicos y circunstanciales nos dirigen hacia los métodos de apropiación pop que sin embargo en forma de grabado parecen otra cosa. Las creaciones más recientes del artista vuelven a perfilar sus gustos

naturalistas, tanto *Invocaciones*, realizada al barniz blando como *Svensk Vår*, que son grabados electrolíticos. Las sencillas flores que pueblan estas imágenes son meros pretextos para poner en marcha una experta conjugación de efectos cromáticos, colores y líneas, que nos hablan de la libertad que supone conquistar la técnica y que es la segunda historia artística de Alfonso Crujera.

Texto publicado en el catálogo de la exposición *Crujera: grabados 1978 – 2001*. Octubre 2001. Las Palmas de Gran Canaria.